

logía, un mentís contra la verdad, una profeca contra la vida, y una maldición contra la Iglesia. Pues bien, ¿qué fué de la vida católica bajo esta irradiación de todas las luces unidas y condensadas por la ciencia?... Resplandeció con más pureza su brillo, al paso que los sábios temerarios vieron sus filosofías y sus sistemas desechados como absurdos.»

«Se había querido ver, y se vió: se vió á todas las ciencias llamadas por el libre pensamiento para insultar y maldecir, principiar de pronto como Balaam á glorificar y bendecir: se vió á la *historia* arrojar cada vez más luz sobre los orígenes cristianos: se vió á la *geología* relatar la creación como Moisés: se vió á la *cronología* confirmar nuestras épocas bíblicas, y se vió á la *lingüística*, la *fiología* y la *etnografía*, atestiguar con nosotros la unidad de nuestra raza y la fraternidad de nuestra sangre.... Y lo que hemos visto ya, añade, seguiremos viéndolo cada vez más. Bajo el choque de la libre discusión y bajo la libre irradiación de la ciencia, se verá á la vida católica salir más brillante y más fuerte del crisol científico, donde perecen las religiones humanas, y decir á sus hijos aterrados con la ciencia impía: «No temais la discusión, ni os dé miedo la ciencia: la discusión me consolida y la ciencia me demuestra, porque soy la verdad: *Ego sum veritas.*»

«No nos inquieten las nuevas tentativas de la ciencia contemporánea. Sabremos lo que habrá al fin de la ciencia, si verdaderamente es la ciencia: habrá una nueva luz para iluminar nuestro dogma, y así como los cuerpos se descubren con más claridad en la luz eléctrica, del mismo modo, merced á los progresos de todas las ciencias, el carácter divino de nuestra vida brillará con mayor esplendor en la luz científica» (1).

Por último, los mismos filósofos dieron muchas veces testimonio contra sí mismos, no pudiendo menos de reconocer muchas verdades católicas, y elogiar sus dogmas y su moral. Deslumbrados por el brillo majestuoso de la ver-

(1) Discurso sobre los *Tres estados de la vida católica*.

dad, le tributaban un homenaje desinteresado, tanto más precioso para nosotros, cuanto más enemigas eran las plumas que lo daban. Es necesario que una cosa esté bien probada, cuando hombres tan dispuestos á negarla y disputar sobre ella, no hallaban razones con que combatirla, y, por el contrario, se convertían en sus defensores. Los apologistas católicos no se descuidaron en reunir estas confesiones de la incredulidad (1).

## CAPITULO VI..

### El liberalismo.

Acabamos de nombrar el enemigo más encarnizado é insidioso que tiene la Iglesia en los tiempos modernos.

Hijo legítimo del protestantismo, y como aquél, enemigo de la autoridad, nutrido en el racionalismo; y como éste, enemigo de la revelación, es el que dirige contra la Iglesia todas las falanges del error, y á pesar de su incompatibilidad recíproca, sabe emplearlas á todas como otros tantos auxiliares de su causa. Tan pronto es hereje como cismático, tan pronto jansenista como volteriano, y dentro de él caben y se cobijan por un inconcebible maridaje los más opuestos sistemas y los más monstruosos errores.

Enarbolando una bandera que no le pertenece, la libertad, y apropiándose la como si él solo fuera su único defensor, cuando en realidad la falsea y la destruye, ha logrado engrosar sus filas con innumerables hombres seducidos por los mágicos encantos de aquella palabra que no puede menos de ser simpática á todos los corazones. Por esta razón lo defienden muchos, que si lo conocieran bien ó quisieran conocerlo, renegarían de sus principios.

(1) Véase *El Deísmo refutado por sí mismo*, por el Ab. Bergier. *La Religión vindicada de la incredulidad por la incredulidad misma*, por el Ilmo. Sr. Le Franc-de-Pompignan. *Los Apologistas involuntarios*, por Merault.

Por otra parte, finge sostener exclusivamente una idea política, una forma determinada de gobierno, independiente de la religion, y con esto seduce á otros muchos que creen que la política y la religion, por ser cosas distintas, deben marchar, y de hecho marchan separadas é independientes, siendo así que no hay cuestion política de alguna importancia que no se relacione estrechamente con la religion, y siendo así que el liberalismo tiene casi por único objeto intervenir en los asuntos religiosos y medrar á costa de la religion. De manera que se han hecho antitéticos el uno y la otra, y verdaderamente inconciliables, mientras el primero no abandone su funesto sistema de meterse en el terreno vedado, que no puede abandonar sino suicidándose, ó sea negándose á sí mismo. ¡Tan encarnado está en la esencia del liberalismo el intervenir en lo que no le compete! ¡Y, sin embargo, hay muchos que creen que se puede ser liberal en política y católico en religion!

Estos son los que componen la falange más numerosa del liberalismo, y los que en realidad lo hacen peligroso. Por éstos, el liberalismo se obstina en llamarse católico, y se presenta como tal, considerando como una injuria el que se le niegue este honroso título, á pesar de la guerra declarada que hace á la Iglesia y á cuanto se relaciona con el esplendor y con la fuerza de ella.

Disfrazado así el liberalismo, se ha apoderado de la opinion pública, se ha hecho poderoso y se ha enseñoreado de los Gobiernos, y ha emprendido una guerra sorda é incesante contra la Iglesia, que consiste en dar una direccion torcida á la cosa pública en oposicion con los principios católicos, en presentar pérfidamente los intereses del Estado en lucha con los intereses eclesiásticos, y en confundir adrede lo temporal con lo espiritual para usurpar los derechos de la Iglesia en provecho de la autoridad civil. Importa, pues, mucho quitar la máscara á este pérfido enemigo, y descubrir sus hipócritas amaños y sus verdaderos fines.

Examinaremos, pues, lo que es el liberalismo, sus relaciones con la Iglesia, los principios que defiende y la justi-

cia de su condenacion; y aunque no sea más que de paso, le consideraremos tambien como sistema político y veremos que es radicalmente malo, subversivo, antireligioso y corruptor.

### § I.—Idea del liberalismo.

Entendemos por liberalismo *aquel funesto sistema de ensanchar inconsideradamente la esfera de la libertad con menoscabo de la autoridad legítima.*

De otro modo: *el sistema que se propone abolir muchas leyes razonables encaminadas á prevenir y corregir los abusos de la libertad individual.*

Explicuemos la definicion.

Hemos dicho *sistema* para indicar el decidido empeño del liberalismo de llevar adelante sus principios, ya sea defendiéndolos con las armas de la razon, como lo hace la llamada *escuela liberal*, por medio de la palabra y de la prensa, ya imponiéndolos por la violencia ó la sorpresa, como lo hacen muchos Gobiernos. Hemos dicho *funesto* para manifestar los muchos males que ha producido; *de ensanchar la esfera de la libertad*, porque tal es el fin y el objeto que él mismo confiesa, y al cual encamina todos sus actos, públicos y privados; *inconsideradamente*, para significar la ligereza y falta de fundamento con que procede, sin tener ninguna razon sólida para apoyarse, y además previendo los daños y perturbaciones que se han de seguir de su conducta. Hemos dicho *con menoscabo de la autoridad*, porque el fin del liberalismo es debilitar el principio de autoridad, y emancipar al hombre de su accion en todo lo posible. Esto sería laudable en cosas legítimas, y con el objeto de limitar los abusos de la autoridad; pero el liberalismo se propone poner trabas á la autoridad legítima, autorizando él á su vez cosas ilegítimas. Por eso hemos añadido *autoridad legítima*, ya para dar á entender que manda ó prohíbe cosas conformes á la justicia y á la razon, ya tambien que ejerce su poder en virtud de un derecho cierto.

La segunda definicion queda explicada con lo dicho. El

liberalismo trata de abolir muchas leyes que limitan la libertad en ciertos casos en que así lo aconseja el verdadero conocimiento de las necesidades sociales y la experiencia de muchos siglos. Hemos llamado á estas leyes *razonables*, en el sentido de justas, fundadas y equitativas y dictadas por la recta razon. Tales son las relativas á la imprenta, á la enseñanza, á la asociacion, etc., que dejando al individuo la más amplia libertad para el bien, y no poniendo ninguna traba al desarrollo de su actividad, se concretan á prevenir los abusos, á que el hombre propende por naturaleza. Como todo abuso del individuo no puede ménos de redundar en daño de la sociedad, la limitacion de la libertad individual en estos casos es una salvaguardia de los intereses generales y una garantía de la libertad de todos. Pero el liberalismo echa por tierra estas leyes razonables á que aludimos, y extiende la libertad hasta el abuso, y aún defiende en el hombre derechos que llama *ilegislables*, como si todo lo temporal y externo no estuviese sujeto á la direccion de la ley, por la influencia que ejerce sobre la sociedad en general.

De manera que el liberalismo es sinónimo de la libertad abusiva, ó, lo que es lo mismo, de licencia y de libertinaje.

Esta palabra *liberalismo*, que no se encuentra en nuestros diccionarios, se forma de la palabra *libertad*; pero desnaturalizando y corrompiendo su significado hasta destruir su sentido. Efectivamente, libertad significa la facultad que tiene el hombre de desarrollar su actividad dentro de la esfera de lo lícito; pues aunque esta facultad se extiende absolutamente á obrar lo ilícito, esto no puede llamarse en rigor efecto de la libertad, sino abuso de la misma. Por eso Dios, que es soberanamente libre, no puede, sin embargo, obrar el mal. La libertad que obra el mal, se llama libertinaje.

Libertad, en su sentido más extriecto, significa la facultad de elegir entre dos ó más términos propuestos á la voluntad. Segun sea la calidad de estos términos, dan lugar á las divisiones de la libertad que hacen los filósofos. No hay

eleccion posible entre el bien y el mal, porque el corazon se inclina irresistiblemente al bien, ántes de toda deliberacion, y se aparta invenciblemente del mal; de manera que no puede ser indiferente escoger el uno ó el otro. Sin embargo, sucede muchas veces que el hombre se inclina al mal, pero es porque se le presenta bajo la apariencia de bien. De aquí nace la necesidad de la ley, que tiene por objeto ilustrar á la libertad, y dirigirla á fin de evitar sus descarríos, prohibiendo al hombre, por el bien suyo verdadero, que obre el mal que se le ofrece bajo apariencias engañosas, ó que sus pasiones le pintan como un bien. La ley, pues, pone un freno á las pasiones desordenadas, al paso que asegura el ejercicio de la libertad y de sus diversos actos, dentro de su verdadero elemento, lo justo y lo lícito.

Al dirigir y moderar la libertad del individuo, la ley tiene tambien por objeto proteger los derechos de los miembros de la sociedad. Hay muchos hombres, por desgracia, capaces de obrar contra el dictámen de su conciencia y cometer crímenes, con tal que de ellos les resulte alguna conveniencia ó utilidad. Evidentemente, la libertad no puede extenderse á tanto, y por eso estos hombres son reprimidos y castigados en todos los países cultos ó bárbaros. Por consiguiente, es de todo punto necesario que la libertad se halle limitada en muchos casos, á fin de que la sociedad sea posible, pues de lo contrario, prevalecería la ley del más fuerte. Pero la ley solo limita la libertad en cuanto á sus abusos, y no hay ninguna ley que prohíba el ejercicio de una cosa universalmente reconocida como buena.

La libertad política sigue las mismas reglas de la libertad moral, y no es otra cosa que una libertad colectiva, la libertad de los pueblos que forman un todo, una unidad. Es, por lo tanto, la facultad que se tiene en las naciones bien gobernadas, de hacer y decir cuanto no se oponga á las leyes y á las buenas costumbres. No puede ser más extenso el horizonte que se concede á la verdadera libertad, y así es, que ésta puede armonizarse amigablemente con

todas las formas de gobierno, desde la monarquía absoluta, hasta la república federal. Es una alianza recíproca de los poderes y los pueblos, que se mueven noblemente dentro de la ley, cumpliendo sus respectivos deberes, y sin crear obstáculos los unos á los otros. Si abusa de esta libertad el poder, es tirano; si abusa el pueblo, es rebelde.

Pero no es así como entiende la libertad el *liberalismo*, sino que da de ella una definición nueva y absurda, que es la base de todos sus errores. Yo entiendo por libertad la facultad que tiene el hombre de obrar por sí mismo, conforme á la recta razón, teniendo por motivo de su actividad el fin de sus propios actos, y la elección de los medios más adecuados para conseguirlo, en cuyo caso la ley es la primera condición de todo acto libre. Ha de haber en la voluntad una fuerza capaz de dominar y vencer las tentaciones, de resistir al incentivo de los vicios y de restablecer el equilibrio de nuestras inclinaciones y nuestra concupiscencia, que por efecto del pecado nos ladea continuamente hácia el mal: de manera que la libertad queda falseada y debilitada en su principio. La libertad destituida de regla y de ley es el desorden y la licencia, y en política es la anarquía, y con frecuencia el despotismo.

El liberalismo, por el contrario, entiende por *libertad* el derecho que tiene el hombre de escoger y obrar libremente el bien lo mismo que el mal, de manera que la libertad no sea completa si no incluye el derecho aún de abusar de la libertad. Estando desequilibrados los dos platillos de la balanza, y preponderando en el hombre la inclinación que le arrastra al mal, al echar igual peso en ellos se precipitará el platillo vicioso, levantando el de la virtud. Es decir, que predominará el mal sobre el bien, y esto sucederá inevitablemente siempre que se les concedan iguales derechos.

De esta falsa noción de la libertad se deducen todas las perversas y peligrosas consecuencias del liberalismo. El que se cree y quiere ser libre en el sentido que el liberalismo da á esta palabra, no reconoce ningun freno á sus pasiones, y toda traba que se le ponga, por legítima y ra-

zonable que sea, le parecerá una insoportable tiranía. De aquí la proclamación de esas funestas libertades, que son otros tantos abismos, como tendremos en breve ocasión de probarlo, y que aplicadas á la práctica, son la pesadilla continua de los buenos, y el germen más fecundo de trastornos y perturbaciones sociales. Por eso, el que abraza las doctrinas liberales, se siente fatalmente arrastrado de consecuencia en consecuencia, y de principio en principio, haciéndose cada día más y más libre en sus ideas y en sus actos. No hay límite para contenerse en esta fatal pendiente. Tal es el dichoso *progreso* con que nos brinda el liberalismo.

Las generaciones sobre todo, más que los individuos, avanzan á pasos agigantados en las vías del liberalismo. Los hijos son más liberales que los padres, y los nietos más todavía. En política, un progresista engendra á un demócrata, y éste á un republicano federal, que á su vez da la vida á un socialista. En religión, un católico-liberal, género exótico de una nueva herejía, tiene un hijo indiferentista, que despues viene á ser padre de un ateo. Así es, que aquellas libertades que hace algunos años se proclamaban tímidamente como concesiones que la prudencia aconsejaba hacer al espíritu moderno, ó sea á las necesidades de la época, hoy se piden soberbiamente como *derechos*.

El liberalismo, pues, destruye la libertad ensanchando inconsideradamente su esfera y convirtiendo en un mal y en un peligro comun el ejercicio de la facultad más noble del hombre.

De modo que hay una diferencia inmensa entre libertad y liberalismo, y aún una verdadera oposición. Es la misma diferencia que hay entre razón y racionalismo, filosofía y filosofismo, sociedad y socialismo, y otras palabras semejantes que alteran el sentido de que proceden. Así como racionalismo significa el abuso de la razón, filosofismo una falsa filosofía, y socialismo un sistema destructor de la sociedad, de la misma manera liberalismo significa una falsa libertad, un abuso de la libertad y su destrucción radical.

Lo que más llama la atención es que el liberalismo des-

truye la libertad en nombre de la libertad misma. Cuando el liberalismo, viéndose fuerte ó apoderado del Gobierno, trata de reducir á práctica sus principios, apela generalmente á la violencia y á la fuerza bruta para imponerlos á los que no piensan como él. Este sistema, en la práctica, es la contradicción más irritante, y al mismo tiempo la más palpable condenación de sus hipócritas teorías. Al paso que concede las libertades más amplias á sus partidarios, y autoriza y disimula todos sus excesos, lo niega todo á los que le son contrarios, y los oprime de mil modos cuando quieren hacer uso de las mismas libertades que proclama. Él desconoce y menosprecia todos los derechos, por poco que le contraríen, y aniquila despóticamente todos los obstáculos que, dentro de su misma ley, embarazan su marcha. El liberalismo, como nos enseña una triste experiencia, es el despotismo más pesado, la tiranía más dura y la más odiosa arbitrariedad. Escrupuloso en proteger al error y sus pretendidos derechos, apenas deja á la verdad el derecho de defenderse cuando es oprimida, como sucede con frecuencia. Considerándolo por este lado, el liberalismo puede definirse: *El monopolio de la libertad en favor de unos pocos, así como también en favor del error.*

Esto es una consecuencia inevitable de las doctrinas liberales. El mal es esencialmente despótico, y si se le conceden las mismas facilidades, los mismos derechos y la misma protección que al bien, en breve prevalecerá sobre él. Se proclama, por ejemplo, la libertad de imprenta, lo mismo para lo bueno que para lo malo, y en breve se llega á un punto en que, publicándose libremente los escritos más impíos é inmorales, no hay libertad para publicar las constituciones pontificias, y las pastorales de los Obispos, y se inaugura la más brutal persecución contra la prensa de oposición, y sobre todo contra la prensa católica. Se proclama la libertad de asociación, y mientras se aprovechan de ella los masones, los internacionalistas y las prostitutas, son disueltas las Ordenes religiosas y las asociaciones de San Vicente de Paul. Se proclama la libertad de enseñanza y se cierran violentamente los colegios de los

Jesuitas y los Seminarios, incautando sus edificios y destinándolos á cuarteles ú otros usos peores. Se proclama la libertad de cultos, y mientras con ella encuentran protección todas las sectas heréticas, son insultados los Ministros de la religion católica, prohibidas las procesiones, y hasta el llevar por las calles el santo viático. Esta opresión de la libertad del bien por la libertad del mal es un hecho constante en todos los países regidos por Gobiernos liberales; todos mis lectores podrían citar numerosos hechos de que han sido testigos oculares. Nuestra revolución ha sido y es una enseñanza elocuentísima de lo que es el liberalismo.

La razón de esto es bien clara. El mal, precisamente por ser tal, no repara en medios para conseguir sus fines, y sigue los impulsos de las pasiones, al paso que el bien, precisamente por ser tal, se encuentra limitado por sí mismo, tiene que atender á lo que le dicta la conciencia y muchas veces no puede hacer uso de las libertades que se le conceden. El mal es fácil y el bien es difícil; por eso, si se da á ambos igual protección, el primero se desarrollará siempre á costa del segundo. Por consiguiente, el liberalismo es el patrocinador directo del mal y el opresor del bien, en el mero hecho de equiparar los derechos del uno y del otro. Esto aún en el caso de que permanezca sinceramente neutral.

Considerado bajo otro punto de vista, el liberalismo es sinónimo de revolución, ó sea el espíritu revolucionario, que se empeña en introducir novedades en todos los elementos de la vida social; religion, leyes, costumbres, familia y propiedad. Él es quien promueve todas las revoluciones políticas con el objeto de introducir sus innovaciones en las cosas públicas y privadas. El liberalismo es la pantalla de todos los ambiciosos que procuran escalar el poder para explotar la nación en provecho propio, y disfrazados con esta capa, ofreciendo libertades y mejoras, seducen á las turbas para trastornar el orden establecido. Para el espíritu revolucionario todos los pretextos son útiles y todos los medios buenos. De un siglo á esta parte no ha habido revolución, pronunciamiento, ni aún siquiera

motin, que no se haya llevado á cabo tomando por pretexto la libertad.

El liberalismo se declara enemigo de todo lo antiguo, no por otra razon, sino porque envidia su gloria, que no puede imitar; reniega de sus tradiciones porque son la condenacion de sus principios, y aborrece las instituciones, que son el testimonio viviente de la grandeza y sabiduría de los siglos pasados. Para emprender esta obra demoledora, tiene continuamente en los lábios una palabra seductora, el *progreso*. Pero profana y corrompe su significado lo mismo que el de libertad.

El progreso que defiende el liberalismo no es el adelanto constante hácia el bien, la tendencia continua hácia la verdadera perfeccion por medios legítimos y bien estudiados hácia las mejoras ciertas y no aparentes de los individuos y de las sociedades. No, el liberalismo no entiende así el progreso, por más que lo proclame en todos los tonos imaginables. El liberalismo entiende por progreso la negacion y el desprecio del pasado, la agitacion y la turbulencia de las pasiones, el movimiento sin objeto, el éxito del momento y el cambio de lo existente, sin tener nada positivo para sustituir á lo que derroca. No entiende por progreso los adelantos materiales de las ciencias, de la industria y de las artes, las maravillas que ha creado el génio del hombre y las sorprendentes invenciones modernas, que han venido á aumentar considerablemente el bienestar y las comodidades, tanto de los individuos como de los pueblos. El liberalismo entiende principalmente por progreso la práctica de los principios liberales con todos sus males, la realizacion de las perversas doctrinas proclamadas como *dichosas conquistas* del espíritu moderno; en una palabra, el triunfo de los errores políticos, religiosos y sociales, que se condenan en el *Syllabus*. Tal es el progreso del liberalismo, que merece más bien el nombre de destruccion.

De lo dicho se infiere que el liberalismo no es otra cosa que un protestantismo disfrazado para introducirse sin ser conocido en las naciones católicas, y llevar adelante su lucha tenaz contra la Iglesia. Desacreditado y vencido mil

veces en el terreno religioso y científico, ha escogido por campo de batalla la política en sus relaciones con la religion, y se ha trasformado en liberalismo, que es la aplicacion práctica de las teorías protestantes. Cualquiera ve que los principios liberales y los protestantes son los mismos; la libertad omnímota que conceden al individuo, haciéndole juez de sus actos y de sus convicciones, y la independencia en que le constituyen, con menoscabo de la autoridad. Pero el liberalismo es un protestantismo, por decirlo así, de frac y guante blanco, que se acerca á la Iglesia con la sonrisa en los lábios, para herirla mejor con la apariencia más respetuosa. Es cierto que á veces se descubre tal cual es, y clava sobre ella brutalmente sus feroces garras; pero en breve vuelve á recobrar su actitud atenta.

Poco le importa, sin embargo, ofender á la Iglesia, pues el liberalismo no tiene ninguna religion, sino que es indiferente á todas. Pero teme indisponerse con los pueblos católicos, si no respeta al parecer sus creencias, y por eso muchas veces se declara su protector. Pero es tan elástico en esta materia de religion, que sin violencia alguna se declara segun la oportunidad, y segun sus miras, ó católico fervoroso, ó luterano, ó ateo. Si le interesa proteger á la Iglesia contra la herejía, lo hace desde luégo; pero si le interesa más proteger á la herejía ó á la incredulidad contra la Iglesia, lo hace todavía con más gusto.

Tal es, descrito á grandes rasgos, el carácter general del liberalismo. Camaleon gigantesco que toma todos los colores, para extraviar y trastornar las ideas acerca de su naturaleza y propósitos, no ha podido evitar el ser conocido por sus obras, y solo ha conseguido alucinar á muchos incautos ó tenaces que no pueden persuadirse de que este liberalismo que se les presenta con tantos halagos debe ser tratado como enemigo.

#### § II.—Principios liberales.

En confirmacion de lo dicho examinaremos brevemente algunas de las principales libertades que predica el libera-

lismo, y veremos que son altamente absurdas y peligrosas, y que merecen la reprobacion de todo hombre honrado.

1.<sup>a</sup> *Libertad de pensar.*—Hé aquí el error fundamental del protestantismo, que es la base del liberalismo.

Proclamar la libertad de pensar es lo mismo que proclamar la independencia absoluta de la razon individual, ó sea el racionalismo con todas sus consecuencias.

Proclamar la libertad de pensar es autorizar, ó al ménos legitimar todos los errores, todos los delirios y todos los extravíos de la razon humana, abandonada á sí misma; es establecer la anarquía en el mundo moral é intelectual creando tantas reglas de la virtud y del vicio, tantos principios de las ciencias y del error, de la verdad y de la mentira opuestos entre sí, cuantos son los pensamientos humanos que se contradicen.

Proclamar la libertad ilimitada de pensar, es proclamar la libertad de obrar, porque cada uno obra como piensa. De lo contrario, sería la más odiosa tiranía obligar al hombre á obrar contra sus propias convicciones. Tampoco habría derecho á castigarle por sus propias acciones, si en virtud de la libertad de pensar, las ejecutaba con la firme conviccion de que eran lícitas, porque así lo pensaba y lo juzgaba en virtud de su derecho.

Además, toda sociedad bien ordenada tiene leyes y castigos contra sus infractores. Ahora bien, castigar una accion como mala, ¿no es obligar á pensar que es mala? ¿Podrá ser lícito pensar que una accion es buena, y sin embargo ilícito el ejecutarla, siendo justa la ley que la prohíba y la castigue? Tan monstruosa contradiccion solo cabe en el liberalismo.

Proclamada la libertad de pensar, es consiguiente la libertad de manifestar sus pensamientos, pues de lo contrario, sería ilusoria. Por lo tanto, sería preciso admitir que todo hombre, á todas horas, en todo lugar, de todos modos, podría manifestar sus pensamientos por absurdos y subversivos que fuesen. Esto sería lo mismo que minar todas las bases de la sociedad. Luego no es posible admitir esta libertad en absoluto. Luego si hay muchos casos en que

necesariamente debe ser restringida, es absurdo que el liberalismo la quiera conceder ilimitada.

Quando la ley de Dios, la Iglesia, que es su intérprete, la conciencia y la sociedad tienen alguna cosa como buena y honesta, ó tal otra como mala y perversa, no puede haber libertad de pensar de otro modo acerca de ella. Mucho ménos será lícito manifestar los pensamientos de cosas ilícitas ó falsas, porque esto contribuye á falsear los pensamientos de otros, inspirándoles ideas erradas, y precipitándolos en mil abismos.

Mas, áun penetrando en el mismo santuario del pensamiento, dice Balmes, «en aquella region donde no alcanzan las miradas de otro hombre y que solo está patente á los ojos de Dios, ¿qué significa la libertad de pensar? ¿Es acaso que el pensamiento no tenga sus leyes á las que ha de sujetarse por precision si no quiere sumirse en el caos? ¿Puede despreciar la norma de una sana razon? ¿Puede desoír los consejos del buen sentido? ¿Puede olvidar que su objeto es la verdad? ¿Puede desentenderse de los eternos principios de la moral?»

Y en otro lugar dice el mismo: «La voluntad, los sentidos, los órganos, hasta los miembros, todo en el hombre está sujeto á leyes, y, ¿no lo estará el entendimiento? No podemos usar de la última de nuestras facultades sin sujecion al orden moral: y la más noble, la que debe dirigir las á todas, ¿estará exenta de ley? Una accion de la mano, del pié, podrán sernos imputadas, y ¿no lo serán las del entendimiento? ¿Seremos responsables de nuestros actos externos, y no lo seremos de los internos? ¿La moralidad se extenderá á todo, excepto á lo más íntimo de nuestra conciencia?»

Tal es el principio fundamental del liberalismo, que, como hemos visto, no puede ser más absurdo.

Mas si por libertad de pensar quiere dar á entender el liberalismo que los actos del pensamiento, como internos, no pueden ser violentados, ni encadenados, y que no pueden ser juzgados por ninguna autoridad humana, entónces dice una vulgaridad que nadie niega, ni ha negado jamás.